DOÑA MARINA

«LUZ DE CORTES»

AL tratar de la conquista del inmenso imperio del Anahuac, hay un personaje femenino unido al genial «Conquistador» Hernán Cortés, que, bajo ningún concepto, puede considerarse ligeramente.

Nos referimos a la «Malinche», hija de nobles caciques de Painala, de Teteczinco. Estamos, pues, ante una mujer interesante. Se la llamó después Marina y, más aún, doña Marina. Muy digna de incluirse en este repertorio de biografías, que iniciamos porque profesó nuestra religión católica, nuestra lengua, costumbres y por su vinculación a la conquista de Méjico, al servicio de los españoles. La figura gigantesca de Cortés parece eclipsar la de Marina, pero no es así como veremos en los episodios que narramos.

Aunque no era extremeña amó a un hombre de Extremadura e intervino en las más altas empresas extremeñas. Espiritualmente lo fue. Remontémonos al año 1519:

Cortés desembarcó primero en la isla de Cozumel. Se apoderó de la gran ciudad de Tabasco, luego de vencer con su reducida hueste a una verdadera muchedumbre de indios, que, ya derrotados, se hicieron amigos del ilustre «metelinense». El cacique que dirigía estos indios era Huatley.

Entonces ofrecieron a Cortés muchos y diversos agasajos. Entre éstos, veinte hermosas doncellas del país. Una india, muy vivaracha e inteligente, la «Malinche», sobresale en la historia, en este importantísimo capítulo de la conquista de Méjico, ya que, sin su intervención en todos los órdenes, hubiesen sido muy distintas la suerte del «Conquistador» y su conducta y resolución. Doña Marina es, por tanto, pieza clave en la conquista de Méjico.

Se reconoce por todos los tratadistas e historiadores, por los extremeños y también por los hijos de Medellín que doña Marina fue de la mayor utilidad a Hernán Cortés por su conocimiento de las lenguas y dialectos y costumbres de los indios. Doña Marina tiene mucha importancia en la vida de Cortés, hasta el punto de que es la única mujer que menciona en las «Cartas de relación», en su correspondencia con el Emperador de Occidente.

Es momento de referirnos a las tremendas dificultades que se presentaron a los conquistadores al iniciar sus empresas:

Jerónimo de Aguilar carecía de conocimiento del idioma azteca. Mas he aquí que todo se allanó y abrió al tenerse conocimiento de que una esclava que fue ofrecida por los caciques de Tabasco a los vencedores y que era de Méjico, conocía el idioma de Aguilar. Esta doncella iba a facilitar extraordinariamente los tamaños inconvenientes, sirviendo de nexo con Aguilar. Doña Marina aprendió nuestra lengua y también vertió a la misma la azteca.

Camargo describe a Marina y dice que era «hermosa como una diosa». Tenía quince años con todos los encantos de esta bonita edad.

El cronista Bernal Díaz del Castillo (1) hace referencia a su gran talento natural, lleno de finura femenina y energía varonil, astucia de lince y dulzura de paloma.

Fue una mujer a la que persiguió la desventura. Huérfana de un notable cacique,

siendo niña, su perversa madre Cimalt —para usurparla los derechos hereditarios de primogenitura y pasarlos a otro hijo que tuvo en segundo matrimonio—, simuló su muerte con el cadáver de la hija de una esclava, como si fuera el suyo, y la vendió en esclavitud a unos indios de Xicalengo, al cacique de «Tabasca». Este la había ofrecido a Cortés.

«El cerebro activo y enérgico de Cortés —anota el escritor zaragozano Luis Torres— quedó profundamente impresionado por la india, a la que ya no dejó de querer hasta el fin de su vida. Marina a su vez, sugestionada por el hombre blanco, accedió a todo cuanto le propuso. Le bastaba una leve indicación para cumplir el deseo de su amo y esclavo a un tiempo. Le fue siempre fiel aún en contra de su raza. Era su intérprete y a la vez su confidente. Rápidamente, con esta intuición de las mujeres inteligentes, comprendía los planes de los indígenas y aconsejaba a Cortés lo que debía hacer para triunfar. Su conocimiento de la política y de las costumbres del país la convertían en una elocuente mediadora.»

Doña Marina alcanzó a ser cristiana y señora. Todo esto le pareció a ella algo enorme, ya que antes no había conocido el amor ni ningún otro título. Procuraron, lo mismo que a las demás, formarla adecuadamente por fray Bartolomé del Olmo y Jerónimo de Aguilar. Marina fue entregada al capitán Alonso Hernández Portocarrero y muy pronto aprendió a hablar la hermosa lengua de Castilla y dio a conocer muchas cosas de México y sus gentes.

Cortés se enamoró de Marina, quien en seguida le comprendió y le prestó el consejo para sus futuros planes.

Llevó a cabo gestiones y realizaciones con los caciques debido a su especial conocimiento de las lenguas azteca y maya. Hay que consignar que fue verdaderamente providencial para Cortés su encuentro con Marina, sin duda alguna instrumento de la caída del ídolo Moctezuma.

Marina cayó como Cortés —escribe el académico recientemente fallecido Luis Martínez Kleiser— en mal paso, porque era natural que ambos cayesen. Del peligro sólo se salva quien huye, según afirmación de la propia Iglesia y ellos no podían huir de sí mismos en aquellas inmensas soledades.

Doña Marina estuvo junto a Cortés en los momentos más importantes y críticos. Bajo el árbol famoso de la «Noche triste» permanecieron solos.

«Cuando los indios mexicanos se sublevan —seguimos el relato del biógrafo Ximénez de Sandoval— poniendo en gravísimo aprieto a la hueste española, y Moctezuma muere trágicamente y el tambor español ha de batir siniestro y lúgubre, llamando a la retirada que culminaría en la famosa «Noche triste», en la que Hernán Cortés,

> con su escuadrón esforzado,
> triste estaba y muy penoso,
> triste y con grande cuidado,
> la una mano en la mejilla
> y la otra en el costado,

doña Marina no abandona a su señor y sale de México escoltada por trescientos tlascaltecas y treinta soldados castellanos —lo que nos hace dudar de si la escolta se le ha dado por consideración a sus utilísimos servicios o porque ya es madre de un niño mestizo, que no obstante estar casado en España el Conquistador de México lleva, como su sangre, su apellido, junto al nombre cristiano de Martín—, pasando los puentes con gran peligro y reuniéndose a los héroes en Tacuba, que le reciben con mucho contento, fiesta y alegría, a la vez que dolor por los indios que no venían.

»Después de la rota de Otumba y del desastre de México, doña Marina interviene en todas las negociaciones y operaciones que conducen a la victoria final a las banderas españolas, acompañando siempre —como la sombra al cuerpo— a su amado señor, cabalgando a su vera y consolando las preocupaciones del caudillo con su sonrisa dulcísima, su ternura y su consejo.»

De los nobles sentimientos de doña Marina da idea su comportamiento con su padrastro, madre y el hijo del segundo matrimonio de Cimalt:

Cortés había ordenado que se presentasen los caciques de la comarca. Acudieron también sus parientes citados que se arrojaron a los pies de Marina, quien movida de su gran corazón les obligó a que se levantaran diciéndoles estas palabras:

—Nada tenéis que temer. No pertenezco a vuestra raza ni a vuestra inhumana religión. Soy la cristiana Marina. Pertenezco a una religión en la cual todos somos semejantes y hermanos en Dios. Os perdono de todo corazón, como mi religión manda; que Dios os perdone también el mal que creistéis hacerme y que el Señor ha convertido en bien.

Después de pronunciar estas palabras les entregó varios regalos y les despidió, no sin aconsejarles que abrazasen el cristianismo y se convirtieran en fieles colaboradores de Cortés.

Supone mucho doña Marina, la primera cristiana de México en la existencia de Cortés. Por ello la historia la registra. Es un personaje de leyenda. Y hasta hay que tenerlo muy en cuenta en el mestizaje. Supone no sólo en la vida sentimental.

Doña Marina fue sobornada en Cholula para desertar del campo español so pretexto de casarla con un cacique y buen guerrero. No sólo se negó a tan infamante propósito, sino que evitó con su inteligencia y astucia una importante conjura, dando a su tiempo, y con sentido de oportunidad, conocimiento a Cortés.

Ya hemos dejado constancia de que fruto de sus amores con el Conquistador fue su hijo natural Martín. Este alcanzó a ser Comendador de la Orden Militar de Santiago y Caballero de Calatrava, pero, acusado de rebelión, falleció en el tormento y sus bienes fueron confiscados.

Marina contó con mercedes y patrimonio en su provincia, ya que se le concedieron extensos terrenos en Chapultepec, si bien su residencia la tuvo en Méjico, en la calle de las Medinas. Y era —hay que consignarlo— muy estimada y admirada, cosa natural por el prestigio de que gozaba.

Cuando esta mujer tuvo conocimiento de la triste nueva de la muerte del hidalgo de Medellín, casó con el oficial don Juan de Jaramillo en el pueblo de Ostotipac, que la venía festejando hacía tiempo y que desempeñó importantes cargos, como el de Regidor del Ayuntamiento y Procurador de Méjico.

Murió joven la célebre fémina que tan elevado papel ejerció en la conquista de Méjico y que se recuerda con tanto ardor en las canciones aztecas.

La importancia de doña Marina la resalta en ajustada tesis Gustavo Pittaluga:

«Desde aquel momento, recién llegadas a la costa mexicana las naves del Conquistador, hasta el año 1526, en que éste la casó con su Alférez Juan Xalamilla, la "Malinche", no fue solo la mujer de Hernán Cortés; fue su lengua, su consejera y protectora, la intermediaria sagaz entre el caudillo español y los caciques indígenas, la embajadora cerca de los aztecas, la que los salvó de Cholula, la que le asistió en la "Noche triste" de Otumba, la que en los días más graves, en las horas decisivas, rompió el cerco que hubiera podido destruir el ensueño de gloria del Conquistador y cambiar el curso de la Historia. "La conquista de México no es inteligible sin la presencia de la Malinche." La hazaña de Hernán Cortés y de sus quinientos secuaces no se entenderá jamás, ante la magnitud del imperio azteca, si no se estima en todo su valor espiritual esta relación de intimidad entre Hernán Cortés y la "Malinche", entre el Conquistador y la indígena. Los resultados de esta colaboración —que bien puede llamarse así— se deben, claro está, a las cualidades intelectuales y morales de los dos protagonistas.»

Se ha subrayado la importancia excepcional que tuvo para la conquista española en México la actuación de la india doña Marina.

Al abordar la figura de doña Marina nos parece obligado tratar de pasada el amor a la mujer en el Conquistador.

Comenzó por el entrañable que profesaba a su madre doña Catalina Pizarro Altamirano.

A los tres años de hallarse Cortés en Cuba contrajo matrimonio con doña Catalina Suárez de Marcayda, doncella española sobre la que tanto se cebó la leyenda.

Después apareció en Tabasco la «Malinche», doña Marina, su mejor guía y aliada para sus acciones en los vastos dominios de las nuevas tierras.

Hay que mencionar asimismo a doña Leonor, hija de doña Isabel, nacida de Moctezuma II.

En estado de viudez y ya maduro, Hernán Cortés —Marqués del Valle de Oasaka— se unió en nupcias legales con doña Juana de Zúñiga, dama de alcurnia.

Con razón ha podido decir el académico de la Historia, Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela, que el Conquistador de Méjico, como hombre, fue profuso amante.

---

(1) Bernal Díaz del Castillo, natural de Medina del Campo, fue militar y cronista. Como soldado, participó en más de cien batallas. Se le considera escritor recio y veraz de la Conquista de la Nueva España. Santiago Melero, escritor vallisoletano, ha dicho que gracias a B. D. del C., la figura de Hernán Cortés, desdibujada a propósito por López de Gómara, un panegirista oficial, adquiere exactos contornos y nos acerca a la historia del gran Conquistador y de sus compañeros de armas.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS